

cuello, el primer hombre del continente americano.

Historiador, habría sido un Tácito; naturalista, un Darwin; filósofo, un Spencer; poeta, un Dante. Como el rayo, tuvo calcinaciones; como el trueno, rugidos estentóreos; como le relámpago, fulguraciones épicas.

Pasó por la grandeza y la prosperidad, por el influjo y la omnipotencia, como el ave sobre las ciénagas, siempre puro. Perseguido por calumnia, esa baba tóxica del odio, quedó límpido e intacto, como el diamante, que no puede ser rajado ni tallado más que por sus propios polvos y fragmentos; y, aunque salpicado en sangre, comparece ante la historia y la posteridad, lavado en las linfas del ideal; porque, como el labrador que, con la reja del arado, descuaja tallos y flores para abrir el surco, sepultar la simiente y preparar la cosecha del mañana, así, cuando se irguió sobre osamentos y sangrientos charcos, fué para sembrar la simiente sacra de la soberanía, exaltar la dignidad de los pueblos y extender sobre su cerviz el manto protector de la democracia.

Su prestigio fué inmenso. Llamáronle México, Cuba, el Perú, Chile y el Plata. Demandaron su presencia Funes, Dorrego y los asambleístas cordobeses. Seis mil soldados europeos enroláronse en sus filas satisfechos y orgullosos de obedecerle, con ser, como fueron, veteranos de Wellington y Napoleón. O'Connor consagróle uno de sus hijos. Ofreciéronse a servir bajo sus banderas el mexicano Guerrero; O'Higgins y el propio vencedor de Chacabuco. El autor de Mazeppa impuso a su yacht predilecto el nombre del «Padre de Colombia» y Lameth le apellidó «primer ciudadano del mundo». Todos reconocieron su superioridad legítima, amándole unos hasta el delirio, y aborreciéndole otros hasta la inmolación, porque, grande entre los grandes, fué más grande que Alejandro, que César y que Napoleón, ya que en medio tosco, inculto, exhausto, incipiente, realizó cosas más altas y valiosas que las cumplidas por los monopolizadores de la admiración humana y del incienso de la historia.

Su obra es un pasmo. Cruza, en expediciones sin cuento, el escenario histórico más dilatado de los siglos. Vive quince años de brega a muerte, y veinte de potencia y carrera triunfales. Cinco Estados quedan desencadenados por su esfuerzo; y una constelación de naciones, un continente íntegro, vense por él ratificados, firmes y seguros en su libertad e independencia. Tal su obra. El mismo resúmela cuando, al tornar a la patria, exclama ante una asamblea puesta en pie: «En cinco

años de ausencia el mundo americano ha dejado de ser español!»

Y cayó y sucumbió, como caen y sucumben, por lo general, los benefactores de los pueblos...

Enfermo; proscrito, como Scipión y

## La voz de los lectores

A los alumnos del Primer Año A del Instituto de Alajuela

Amigos niños:

**J**OSÉ Martí aun es vuestro maestro. El se hace sentir en vuestros corazones con la ternura con que se hizo sentir en los corazones de los niños que tuvieron la dicha de oír sus consejos divinos.

Envidiemos, queridos amiguitos, aquellas mentes infantiles que pudieron escuchar al escritor fecundo, al insigne periodista, al notable novelista, al poeta de versos sinceros y ligeros como las pompas de jabón. Y envidiemos, con más ardor, a los que sintieron su acción de maestro; a los que se vieron iluminados por su irradiación de luz sabia.

Pero no os llenéis de melancolía, pues, como ya os digo, él también es vuestro maestro.

El vino a vosotros porque os ama; porque comprendió que en vosotros, los niños, está el desarrollo y progreso de las Naciones. El os predica el civismo en todos sus puntos y os enseña la libertad, porque él la amó y supo combatir por ella en todos los momentos.

Ahí está junto a vosotros; ahí lo tenéis conversando en la *Edad de Oro*, y os narra el cuento de MENIQUE porque quiere proporcionaros ratos de diversión; os habla de BOLÍVAR, y de HIDALGO, y de SAN MARTÍN, porque quiere presentaros a los grandes hombres de la libertad; a los que rompieron cadenas de esclavitud; en esencia, quiere contaros con rodeos pintorescos los sucesos de los tiempos pretéritos y de hoy.

También quiere deciros consejos sanos llenos de dulzura, quiere inculcaros honradez, dignidad, patriotismo; quiere tener amistad con todos los niños del continente nuevo, sí, y con vosotros, por supuesto.

Amadlo, niños, porque él también os amó.

Escuchad con veneración sus historias y consejos porque para vosotros las dijo.

Yo os felicito porque habéis comprendido a quién luchó con incansable ahinco por vivir con vosotros los niños, por haceros buenos, por haceros útiles.

CARLOS PÉREZ TREASY

como Aníbal, porque el Congreso de Valencia lo ha puesto fuera de la ley, lo ha declarado enemigo público y le ha notificado esta sentencia, en plena marcha, por uno de sus más rudos enemigos; desgarrada el alma, ya que no el pecho, por los puñales de setiembre, que han ido a asaltarlo en su propio lecho; desmedrado por la miseria; lacerado por la ingratitud; viendo a sus conciudadanos cómo le odian, y a sus capitanes cómo se le atreven y le desconocen, le insultan y le repelen; sabedor de la trágica muerte de Sucre; convencido de que el hierro que no ha perdonado al Abel americano mal puede perdonarle a él; dominado del anhelo de «no pensar en nada ni en nadie»; sediento de hundirse en la oscuridad, anacoreta del patriotismo; dudando de si «habría arado en el mar» y edificado sobre el viento; condolido del desorden imperante y de la anarquía creciente; más que todo, de ver, según, sus frases, «todo derribado en torno suyo por el infortunio o por la infamia»; pensando en que, «por triste que fuera la muerte, sería, en todo caso, más alegre que su vida», y, por eso, asaltado en ocasiones por la negra idea del suicidio: renuncia al papel de nuevo Ajax, retante de los dioses y el destino; álzase un instante, erguido, para exclamar: «Yo también debo caer»; y cae, cae y dobla la cabeza fatigada sobre el abrumado pecho; repasa, de una ojeada, sus servicios y su gloria, que desdefía como un delito; y muere—él, el millonario, el noble, el opulento,—sin una camisa que ponerse, y que le prestan el cariño y la misericordia; muere donde debía morir: ante el mar, tumba única de su genio formidable; inmenso como su desconsuelo; agitado, como su corazón airado y tempestuoso; profundo, como su desencanto; solitario, como ese espíritu en que han dejado de batir el vuelo las gaviotas blancas de la fe, la esperanza y la ilusión; inagotable como el bien que ha derramado por todas partes; eterno, como su obra guerrera y política; inmutable, como su herencia y como su gloria.

No posee la América corazón suficientemente grande y tierno para amarle, admirarle y bendecirle.

Para ensalzarle, cumplidamente, hay que reproducir la frase única y concisa de Choquehuanca, el sacerdote desconocido, surgido a la celebridad, del rincón ignorado de una aldea: «Nada de lo hecho hasta hoy se parece a lo que habéis hecho. Para que alguien pudiera imitaros, sería preciso que hubiera otro mundo que libertar... Crecerá con los siglos vuestra gloria, como crece la sombra cuando el sol declina...»

A la luz del corriente siglo, ya no es tan sólo el gran guerero, el estadista,